

1. EL HUECO DE ESCALERA

La vida, con sus imprevisibles rabotazos,
puede conducirnos a situaciones completamente absurdas,
imposibles de ser reconducidas.

A Carmen, a Fátima y a Isabel

Por la mañana, Heliodoro Rodríguez se sintió un poco más indispuerto que de costumbre, al levantarse de la cama. Lo notó cuando quiso incorporarse y se encontró partido en dos por la cintura, como si le estuviesen clavando un dardo hondo en los riñones. En principio quiso obviar aquella, a su juicio, insignificante molestia, que se le pasaría a lo largo del día seguramente, y continuó con sus acostumbrados ritos matinales. Como siempre, se sentó en el borde del colchón, estiró los brazos todo lo que pudo, hizo unos cuantos giros de cabeza para destrabarse las vértebras del cuello y, finalmente, se puso de pie –eso sí, mucho más despacioso que otras veces– con intenciones de dirigirse al baño para darse una ducha refrescante. Sintió, al enderezarse, que en la zona lumbar le crujió algo: un músculo indeterminado o unos huesos de los que él ni conocía los nombres, por supuesto. Pero esta menudencia –de nuevo se trataba de una apreciación suya subjetiva– no le impidió seguir adelante con sus rutinas cotidianas. Miró la hora en el despertador de la mesilla. Le daba mucho tiempo todavía. Consultó una libreta con unas notas hechas a bolígrafo: Literatura, siglo XVII, el clasicismo, el drama, Cinna, Horace, la tragedia, Phèdre, la comedia, Georges Dandin, Sganarelle... Todo controlado. Hoy haría calor, ni siquiera se pondría la chaqueta. Metió la punta de los pies en las zapatillas de cuadros bicolors. Salió del dormitorio. Al atravesar el pasillo, escuchó la conversación de su madre y de su hermano en el piso de abajo, en la cocina, seguramente ambos atareados tras el desayuno.

Entró en el baño. Se lavó los dientes. Se quitó el pijama y se metió debajo de la ducha. Corrió la cortina y abrió las manillas de los grifos, primero la caliente y luego la fría, para ametalarlas. Una cascada menuda y agradable le cayó desde arriba sobre el rostro, al tiempo que diminutas fumarolas salían de los chorros de agua que chocaban contra su epidermis. Se embadurnó de gel por todo el cuerpo. Se restregó con fuerza el pelo y las orejas, mientras continuaba cayendo desde la alcachofa aquella catarata de agua cálida en finísimos hilos transparentes... Así siguió un buen rato, frotándose la piel con una esponja, y observando el recorrido del agua escurridiza que se desparramaba por su pecho y vientre abajo, hasta escurrir por las rodillas, para ir a introducirse, tras formar un pequeño remolino jabonoso, por el pequeño sumidero de la bañera. El dolor de cintura se le fue evaporando de los músculos con la agradable sensación del agua tibia, pero la impresión de pesadez aún le oprimía la cabeza... Se aclaró finalmente y cortó el agua. Salió de la bañera. Cogió una toalla y se secó por todas partes a conciencia, incluso realizando algunos equilibrios para llegarse a ciertos recovecos de su cuerpo. Luego se dirigió a la habitación para vestirse. Oyó sonar la puerta de la calle, abriéndose o cerrándose, al atravesar el pasillo, camino de su cuarto. A estas horas de la mañana, sería su hermano Alejo marchándose al colegio. Eran los movimientos y ruidos cotidianos. Heliodoro se los conocía casi de memoria... Entró en su habitación. Buscó en el armario un calzoncillo limpio, una camisa, calcetines... Se vistió en poco tiempo, como siempre, aunque esta vez le costó un poco más calzarse así agachado, sentado sobre el catre. Su vientre, incrustado en ambas piernas, al doblarse para llegar con las manos hasta los tobillos, le impedía casi alcanzar la punta de los pies para iniciar la operación de introducir los calcetines desde el dedo gordo. Tuvo la sensación de estar haciendo un esfuerzo mucho más evidente que otras veces para una operación tan fácil y sencilla... Tras una nueva tentativa, al fin, logró ponérselos. Ya de pie, se metió el calzoncillo, el pantalón vaquero, la camisa, se la ajustó por dentro, se apretó el cinturón, se calzó unos zapatos cómodos y abiertos, se caló bien las gafas y salió de su cuarto para bajar a la cocina. Caminó los seis o siete pasos acostumbrados por el pasillo para empezar a descender por los peldaños que conducían a la

planta de abajo de la casa pero, cuando estuvo delante del hueco de escalera, se percató –al menos esa fue la impresión que tuvo de repente– de que, por aquella abertura, no cabía su cuerpo... Sin razonarlo casi –o tal vez, precisamente, porque lo había razonado demasiado claramente, en las milésimas de segundo en que se concienció de la situación extraordinaria– reaccionó con un gesto inesperado de rechazo y se volvió a su habitación, desconcertado. Se sentó en el borde del colchón y se agarró la cabeza con ambas manos, diciéndose que aquello que había visto no era cierto. Respiró sofocado... Notó la pesadez de la cabeza mucho más agobiante que hacía un rato. No era lógico... No será posible...

Al momento, salió, otra vez, resuelto de su dormitorio con la intención segura de bajar a la cocina, haciendo caso omiso de la alucinación que había sufrido. Pero volvió a experimentar el mismo sobrecogimiento, al intentarlo, constatando con certeza que el acceso al hueco de escalera se había reducido considerablemente... Se acercó, no obstante, con precaución al rectángulo vertical que enmarcaba el primero de los escalones y, en efecto, tuvo la impresión de que su cuerpo no iba a lograr pasar por aquel vano tan estrecho a la primera... Heliodoro hizo entonces varias consideraciones que le parecieron oportunas: hubiera podido introducir la cabeza y buena parte del cuerpo por aquella abertura, ya que la simple observación de la realidad que tenía delante de sus ojos le corroboraba que cabrían, pero prefirió valorar la circunstancia empíricamente antes de dar un paso hacia una situación posiblemente de ridículo, pues de nada le valdría lograr meter parte de su cuerpo por el agujero si la otra mitad no tenía hueco suficiente y le quedaba fuera...

Se dijo lo siguiente: el hueco de la escalera de esta casa está formado por un solo tramo y comunica los dos pisos de la casa a través de veinticinco peldaños de madera, que están limitados, a izquierda y a derecha, por sendas paredes de ladrillos revocadas de cal color albero claro; y hay, además, un imperfecto techo raso de escayola, paralelo a los pasos de bajada, que mantiene la misma inclinación que éstos, a más de un metro de distancia por encima de cualquier cabeza que lo baje o los suba, por lo que dicho espacio, sin ser exageradamente desahogado,

tampoco agobia mucho ni molesta... Hasta el día de hoy –tenía en la actualidad treinta y seis años– había bajado y ascendido por ese tramo de escalera miles de veces, desde que su familia adquiriera esta vivienda, hacía doce años, y jamás había advertido nada extraño en dicho pasadizo ni había notado esta sensación de agobio y de desasosiego que, por primera vez, ahora experimentaba, sin razón aparente ni lógica explicable. Él era un hombre equilibrado, ponderado, sensato, culto, responsable. No había habido en su vida episodios esquizofrénicos ni lesiones cerebrales ni internamientos en centros terapéuticos especialmente traumatizantes. Ni era tampoco un modelo de manual de psiquiatría al que pudiera aplicársele, en principio, una predisposición especial a sufrir monomanías o paranoias... Y sin embargo, ahora estaba apoyado contra la pared del pasillo, con las gafas en la mano derecha, con unos temblores incontrolables en las piernas e incapaz de encararse con el hueco de escaleras de su propia casa, incomprensiblemente. Y, aunque, en un principio, todo aquello le pareciese harto improbable que estuviese sucediendo, lo cierto es que, a cada segundo que pasaba, notaba que se acrecentaba el miedo que sentía a una nueva confrontación de su cuerpo con el citado vano, por si todo lo que había experimentado hacía un minuto, seguía siendo cierto...

Probó de nuevo, no obstante, por si todo aquello no era sino una pesadilla, metiendo la pierna derecha por delante, con idea de avanzar luego con el tronco y la barriga. Pero, nada más intentarlo, notó que se le atoraban las caderas y los hombros entre ambos muros laterales... Al comprobar que no pasaba, retrocedió asustado y se fue a su habitación y comenzó a dar vueltas por el reducido espacio que conformaba el cuarto. Iba desde la mesilla hasta el lateral contrario del catre y viceversa, girando por delante del piecero de la cama. Así estuvo más de media hora, atrapado en un nudo incontrolable de tensiones... Cogió del escritorio un cigarrillo y se lo puso en la boca, pero enseguida lo volvió a dejar sobre la mesa, convencido de que aquella solución no era la correcta ni habría de aportar luz a la evidente situación embarazosa. Por su mente pasaron cientos de preguntas.

Se sentó sobre la cama, confundido. Le dolían la frente y la espalda, el cuello, la cabeza... Comenzó a experimentar un golpe de calor ardiente por la parte posterior de los brazos y en la rabadilla. Se notaba perplejo y aturdido. Sintió deseos de llamar a gritos a su madre, a la que seguía oyendo trajar abajo, pero no lo hizo, convencido de que era imposible que le estuviera ocurriendo a él una cosa semejante... Cuando lo contara... Pero, ¿cómo iba a contarle a nadie una tontería de tal calibre? ¿Con qué palabras iba a describirle a ninguno de sus amigos una situación tan increíble, tan absurda? ¿Y si le estaba ocurriendo algo terrible...? Se incorporó deprisa de la cama y fue inmediatamente a mirarse en el espejo del aseo. Se abocó contra él tan aparatosamente que se asustó de no ver nada, de golpe, cuando su cara estuvo delante del azogue... Ni rostro ni nariz ni boca ni pestañas... Se tocó la cabeza para comprobar que no sufría de alucinaciones, y fue entonces cuando percibió la sombra de sus manos reflejada sobre la luna pañosa del armarito de encima del lavabo... Se quedó más tranquilo... Con la toalla limpió el vaho del espejo y pudo ver su cara como siempre... Ni se había transformado en una cucaracha ni tenía antenas en la frente, como, por un momento, en un recóndito rincón de su cabeza, había imaginado...

Como tardaba en bajar más de lo acostumbrado, su madre lo llamó desde la cocina, un poco preocupada. Heliodoro le respondió con un grito desde arriba, diciendo que ya estaba preparado. Pero, en lugar de bajar a desayunar como, en circunstancias normales, habría hecho, se encaminó de nuevo a su cuarto, se quitó la ropa, dejó las gafas sobre la mesilla y se metió en la cama a toda prisa. Se arropó la cabeza y, hecho un ovillo, se quedó acurrucado debajo de las mantas, como un gusano dentro del capullo. Le dolía la existencia. Notó que le asfixiaba la mañana. Descolocado de su rutina cotidiana, sentía el vértigo de un funambulista sin red bajo su cuerpo. Tenía la náusea metida dentro de la pituitaria y por todo a lo largo del esófago. Lo que, en un principio, le había parecido que era absurdo y, por lo tanto, inverosímil e improbable, ahora su cerebro lo procesaba como hartamente creíble, pues la evidencia de los dos intentos hechos

por bajar la escalera sin lograrlo así lo aseveraba. Y aquello le giraba dentro de la cabeza como una piedra enorme...

Le pareció mejor no levantarse de la cama en toda la mañana...

Llegó su madre al rato, preocupada, a recordarle que ya era un poco tarde. Que estarían esperándolo en clase los alumnos. Él le dijo que no se encontraba bien y que prefería quedarse acostado hasta que se le pasara la sensación extraña de mareo que le aturdiría las sienes y la frente. Ella intentó avisar al médico de urgencias, pero él le quitó las intenciones, diciéndole que no era cosa seria, que se le pasaría en poco rato. Su madre insistió entonces en telefonar a la Facultad para que alguien les pasase el parte de baja a los alumnos. Heliodoro aceptó de mala gana y le dijo que, pensándolo mejor, quizás no sería malo tomarse el día entero de descanso, porque con tantos quebraderos de cabeza, la tesis, los exámenes, las clases y los cursos de postgrado, posiblemente estaba sufriendo un agotamiento pasajero. Aunque hizo creer a su madre que era un pacto entre ambos, fue claramente él mismo quien optó por no levantarse del lecho hasta ver qué daba de sí la situación o qué pasaba... Ella le propuso subirle el desayuno mientras tanto y él aceptó sin trabas. Y, antes de que a Heliodoro le diese tiempo a sopesar la situación correctamente, es decir a valorar por qué su madre sí había podido subir por el hueco de escaleras y él no bajaba, estaba ya ésta a la entrada del dormitorio con la bandeja del almuerzo. Heliodoro le rogó que la pusiera en la mesilla y lo dejara solo. La madre no insistió y salió despacio, entornando, tras sí, la puerta de la alcoba.

Nada más salir ella de la habitación, Heliodoro saltó de la cama y escuchó, tras la puerta... La oyó por el pasillo... Y perfectamente cómo bajaba la escalera, haciendo crujir los peldaños de madera con cada una de sus pisadas... Y el sonido de sus zapatillas incluso en el rellano de abajo, frente a la cocina... Entonces, salió de su habitación sigilosamente, atravesó el pasillo y se dirigió otra vez hacia el arranque de la escalera para afrontar, de nuevo, la bajada, sin pensárselo dos veces... Pero otra vez constató con desesperación que, inexplicablemente, no cabía su cuerpo por el hueco, ahora aún mucho más chico, que